



Apuntes sobre la prehistoria, historia y gestión cultural del medio





5 Apuntes sobre la prehistoria, historia y gestión cultural del medio

“El esparto no se comenzó a usar hasta la guerra que los púnicos llevaron primeramente a Hispania... los campesinos confeccionan con él sus lechos, su fuego, sus antorchas, sus calzados; los pastores hacen sus vestidos... para emplearlo se lo arranca cuidadosamente, envolviendo las piernas en fundas y las manos en guantes, enrollándolo en un vástago de hueso o madera.”

C. Plinio “El Viejo”. Siglo I

“El medio geográfico deja de considerarse determinante en la historia de los pueblos, porque depende del hombre el que se realicen o no las posibilidades que ofrece el medio natural. Pero se está perdiendo la visión cultural de la geografía, su vínculo con la historia.”

Nicolás de Ortega.

Los ecosistemas y paisajes actuales del contexto mediterráneo no pueden entenderse sin la acción del hombre, pero es que, además, en pocos territorios ibéricos esta acción dio comienzo tan temprano para acabar siendo históricamente tan intensa como en el caso del Altiplano. Como se verá más adelante, éste es, por otro lado, un espacio geográfico sometido durante los últimos miles de años a un complejo conjunto de condicionantes climatológicos, edafológicos, hidrológicos y, en suma, ecológicos. Por ello, para valorar correctamente el rol desempeñado por el actor humano sobre tal escenario, resulta imprescindible asimilar la presencia activa de una impresionante sucesión de culturas y civilizaciones que, desde la prehistoria, han venido actuando aquí como uno de los principales agentes modeladores del medio natural.

A través de la gestión cultural, la huella de la prehistoria y, sobre todo, de la historia humana, está en el paisaje y en los ecosistemas como parte ineludible de estos. E ignorarlo es errar.

Una parte de su registro es interpretable también actualmente en diversos museos y yacimientos repartidos por el Altiplano, aportándole un valor añadido y conformando, junto con sus valores biológicos y paisajísticos, un conjunto de recursos que a medio y largo plazo pueden resultar trascendentes en el desarrollo sostenible de este territorio.

En referencia a este patrimonio cultural del Altiplano, estrechamente vinculado con los aspectos geográficos, ecológicos y etnológicos, tráigase aquí el reciente Estatuto de Autonomía de Andalucía, en cuyo artículo 33 se afirma que *“todas las personas tienen derecho, en condiciones de igualdad, al acceso a la cultura, al disfrute*



de los bienes patrimoniales, artísticos y paisajísticos de Andalucía, así como el deber de respetar y preservar el patrimonio cultural andaluz”. Un derecho y un deber, en suma, que pasan por conocer y reconocer la herencia cultural acumulada, desde los albores de la prehistoria hasta el pasado más reciente.

5.1. Prehistoria en el Altiplano

La cuenca sedimentaria de Guadix-Baza está dividida en dos grandes sectores: la formación de Guadix, con sedimentos mayoritariamente fluvio-torrenciales, y la formación de Baza, con sedimentos lacustres (apartado 7.3.). Durante el Plio-Cuaternario esta cuenca había sido endorreica, con uno o dos lagos centrales que colectaban las aguas de las altas cumbres Béticas (Sierra Nevada, Sierra de Baza, Sierra de Castril, etc.). A lo largo de la evolución de este sistema, se fueron depositando abundantes sedimentos fósiles de aquellos vertebrados que se han ido sucediendo en su entorno, sobre todo mamíferos, los cuales brindan posibilidades para una cierta reconstrucción de la historia paleobiológica de la región durante los últimos millones de años (p.e. Bernis, 2001).

Una reconstrucción que lo es también del escenario evolutivo, ecológico y cultural de la más temprana humanidad en el Altiplano, cuyos yacimientos lo han convertido en un escenario privilegiado de relevancia mundial. Mucho después ya, en el revolucionario Neolítico, el hombre comienza a desarrollar culturalmente sus primeras capacidades agrícolas y pastoriles. Le siguen, a partir del tercer milenio a.C., las escalonadas y cada vez más evolucionadas edades del Cobre, el Bronce y el Hierro, y con ellas una capacidad creciente de modificar el medio natural y darle una gestión cultural.



Área de excavación en Venta Micena, Orce. IJ



Toda la cuenca de Guadix-Baza es extraordinariamente rica en yacimientos paleontológicos y arqueológicos; de forma especial su sector nororiental, en el triángulo que forman las localidades de Baza, Orce y Huéscar. El punto de mayor importancia se encuentra en Orce y sus alrededores, donde, sobre una superficie de aproximadamente dieciséis kilómetros cuadrados, se produce la mayor densidad de fósiles de toda Europa, sólo comparable con los legendarios yacimientos de África del Este (Palmqvist *et al.*, 1999).

Estatigráficamente se constata una ocupación por homínidos ya en el final del Pleistoceno Inferior en Venta Micena, Orce (Gibert *et al.*, 1983), y a comienzos del Pleistoceno Medio en Cúllar (Ruiz-Bustos, 1976; Ruiz-Bustos *et Michaux*, 1976). En Venta Micena se registra el homínido más antiguo de la Península, con datación superior al millón de años, posiblemente hasta 1,6 millones de años (Gibert, 1984, 1985; Torres *et al.*, 2002). Cuatro restos se han encontrado y atribuido a este primer homínido por sus descubridores: tres de ellos procedentes de Venta Micena (un fragmento de cráneo y dos de húmero) y uno de Barranco León (esmalte dentario).

El registro antropológico del cráneo de Venta Micena, así como la importante ocupación del Guadalquivir plantea el posible paso del estrecho por grupos de *Homo erectus*, de procedencia africana. Con un aprovechamiento sistemático de guijarros de cuarzo en el Altiplano, se trata de grupos humanos bien adaptados al medio como cazadores-recolectores, que encontraban abastecimiento de recursos cinegéticos en los grandes mamíferos que acudían a las lagunas interiores y riberas del gran río colector (Ramos, 1998). Los restos líticos encontrados en diversos lugares de la región de Orce, una vez aceptados por la comunidad científica, evidencian la ocupación humana de esta zona en fechas muy tempranas, citándose como la primera ocupación humana conocida para Europa (Querol y Martínez, 1996).



Fósiles de fragmentos óseos de rinoceronte e hipopótamo, expuestos en el Museo de Orce. JLV



Durante más de 1,5 millones de años el hombre vivió como cazador-recolector en las estepas de clima cálido. Estas condiciones además de en África se dieron también en ciertos puntos de Europa, como en el Altiplano. En este contexto el ser humano era parte de una comunidad de grandes mamíferos compuesta por elefantes (*Mammuthus meridionales*), rinocerontes (*Stephanorhinus etruscus*), hipopótamos (*Hippopotamus antiquus*), caballos (*Equus altidens*), ciervos (*Megaloceros solilhacus*) y bóvidos (*Cervus*, *Bos*), junto a animales carnívoros (*Megantercon whitei*), como demuestran los yacimientos de Fuente Nueva y Barranco León, con una antigüedad aproximada de 1,3 millones de años.

El salto a la agricultura en el Altiplano, si bien pudo producirse algo antes, no está perfectamente reconocido hasta el cuarto milenio a.C. En varios yacimientos como el del Cerro de la Virgen o el de Malagón, se han encontrado restos de semillas cultivadas ya en el nivel Cobre antiguo (Buxó, 1997), en concreto variedades de trigo (*Triticum aestivum/durum*), cebada (*Hordeum vulgare*) y habas (*Vicia faba minor*). Posteriormente, en los estratos correspondientes a la plenitud del Cobre e incipiente Bronce de estos mismos yacimientos, el espectro de semillas se amplía a otras variedades de trigo (*T. compactum*, *T. diccicum*, *T. monoccicum*), cebada (*H. v. nodum*) y leguminosas como determinadas variedades de guisante (*Pisum sativum* ssp. *elatium*) o las vezas (*Vicia* sp.). En el caso del Cerro de la Virgen, análisis antracológicos y palinológicos revelan que en este período se produce una reducción en la flora silvestre y un incremento en los cultivos de cereal, mientras que simultáneamente los restos de fauna silvestre disminuyen en favor del ganado (Rodríguez, 1992; Buxó, 1997). Por tanto, en la Edad del Cobre comienza a desarrollarse, si bien aún en proporciones relativamente discretas, la cultura agroganadera en el Altiplano.

La cultura argárica

Aparece en la Edad del Bronce y tuvo su mayor manifestación y expresión en los poblados del sureste peninsular, formando una de las sociedades de mayor relevancia en la Europa del II milenio a.C. En un primer momento, debido a su desarrollo cultural se entendieron como colonizadores, pero actualmente se piensa que no constituyeron sino una continuidad autóctona de la cultura almeriense de Los Millares con influencia oriental.

La argárica se caracteriza por ser una de las primeras sociedades urbanas de Europa occidental. Además aportó un conjunto de importantes cambios en distintos ámbitos como la cerámica, los útiles líticos y fundamentalmente los objetos de metal, completando un mayor desarrollo de la metalurgia del cobre. Por otro lado también aportaron cambios sociales, comenzando a delimitar jerarquías sociales, desarrollando una estructura aristocrática y militar en su sociedad, y sustituyendo el enterramiento colectivo en necrópolis por la inhumación individual o familiar junto a ajuares en el interior de las propias casas.

Después de alcanzar un importante nivel de desarrollo, siempre ha sorprendido a los historiadores su desaparición repentina, en torno al 1500 a.C. Muy recientemente, un estudio científico sustentado en el análisis de sedimentos polínicos de la Sierra de Baza (Carrión *et al.*, 2007), ha demostrado que previamente se manifestó un gran cambio en la composición y estructura de las comunidades vegetales. En torno al segundo milenio a.C. se había intensificado la minería y comenzó a producirse una mayor explotación de los



bosques. Gracias a los restos carbonizados, se sabe que en torno al 2100 a.C. se extendieron los fuegos provocados, quizás para aumentar los pastos, y en el 1800 a.C. la vegetación había cambiado sustancialmente: los bosques existentes tan solo unas centurias atrás habían desaparecido y se transformaron en comunidades de matorral y espinosas. Las evidencias apuntan, por tanto, a que éste pudo ser el primer momento en que la acción humana produjo grandes modificaciones en el sureste ibérico (Carrión *et al.*, 2003), trayendo además pésimas consecuencias para la cultura que las provocó, cuyos valedores muy probablemente se vieron abocados a emigrar o acabar fundiéndose culturalmente con otros pobladores.

En tanto persistió, la cultura argárica se expandió principalmente desde Almería hacia Jaén por occidente y en las hoyas de Guadix y Baza, encontrándose los principales yacimientos en Almería, Granada (en el Altiplano) y Murcia. Un ejemplo importante es la localidad de Galera, que cuenta con siete yacimientos arqueológicos correspondientes a este período entre los que el más significativo resulta El Castellón Alto. Precisamente en este yacimiento, al igual que en el cercano de Fuente Amarga, se han encontrado restos de sogas y cestería elaboradas con esparto (Buxó, 1997), las cuales anteceden en más de un milenio el extendido uso ibérico que Plinio dató en la primera guerra púnica.

Yacimiento de Castellón Alto, Galera. JMG





5.2. Edad Antigua: El comienzo de la historia

Cuando da comienzo la historia, en los nebulosos tiempos de la protohistoria, el Altiplano estaba desvinculado de la influencia celta y, sobre todo, tartésica, tan relevante en el occidente andaluz. Por tanto, y de manera necesariamente simplificada, la protohistoria puede hacerse coincidir aquí con la gestación de la Bastetania, concediendo así al pueblo ibero la condición de primera cultura autóctona ya plenamente histórica del Altiplano.

La cultura ibérica

La formación de la cultura ibérica, de especial importancia en el Altiplano, debe interpretarse como consecuencia de la influencia de los pueblos coloniales, fundamentalmente griegos y fenicios, sobre la población indígena (Ministerio de Cultura, 1983).

Si bien son escasas las fuentes escritas existentes, el Altiplano y su entorno debió corresponderse con la llamada Bastetania, cuya ciudad epónima sería *Basti*, situada en Cerro Cepero, cerca de la actual Baza (Adroher *et al.*, 2002). Todo el territorio de la Bastetania desempeñó un papel clave en la época ibérica en Andalucía oriental y el sureste murciano-mancheño, controlando las diferentes rutas que comunicaban la costa mediterránea con la Alta Andalucía y la rica zona minera en torno a Cástulo (Linares, Jaén).

El término Bastetania aparece por primera vez cuando los romanos se ven en la obligación de controlar un territorio que escapa a lo que sucede en otras áreas próximas. Se desconoce si este espacio llegó a contar con una entidad clara y quizás ni siquiera con una organización política, como puede deducirse de la variedad de límites que asignan cada uno de los autores clásicos. Algunos opinan que *Basti* podría ser su capital, aunque no fuese el asentamiento más grande, incluso se le puede considerar como de pequeñas dimensiones (menos de 6 hectáreas, frente a localidades con 44 hectáreas; Adroher, 1999).

En cualquier caso, parece que el Altiplano encaja dentro de los límites de tal región Bastetana, que ha sido aceptada como aquella existente entre las actuales provincias de Granada, Almería, suroeste de Murcia, sur de Albacete, oeste y sur de Jaén y oeste de Málaga, la cual debió conformar una entidad socio-cultural, religiosa y económica propia (Adroher, 1999). Aunque por otra parte no muestra una respuesta homogénea a la presencia romana, lo cual sugiere que no se trató de una entidad políticamente compleja sino, más bien, de una asociación de poblados que, dependiendo de las circunstancias, se amoldaban a las situaciones, tal y como ocurrió también en otros ámbitos geográficos de la cultura íbera previa a la romanización (Ruiz y Molinos, 1993).

Los *oppida*

El siglo IV a.C. supuso un periodo de especial esplendor para los bastetanos, que levantaron numerosas ciudades fortificadas u “*oppida*” (“*oppidum*”, en singular), los núcleos de población básicos de los que dependían



directamente el resto de asentamientos (Adroher *et al.*, 2002). Éstas pueden ser consideradas como verdaderas ciudades, ya que agrupan cantidades importantes de población.

En el Altiplano parece apreciarse cierta linealidad en la distribución de los principales *oppida* y sus explotaciones asociadas. De sur a norte sobresalen Acci (la actual Guadix), *Basti* (Baza), *Tutugi* (Galera) y Molata de Casa Vieja (Puebla de Don Fadrique), destacando la curiosa equidistancia entre estos cuatro *oppida*, de 35 kilómetros. En cualquier caso, toda el área de estudio estuvo dentro del ámbito de la cultura y la sociedad ibéricas, encontrándose *oppida* desde las riberas del Guadalquivir, en el extremo noroccidental del territorio hasta el levante almeriense. Parte de estos *oppida* son reconvertidos después a villas y ciudades romanas, mientras otros caen abandonados tras la colonización romana, en los albores de la era cristiana.

La economía de estos *oppida* estaba sustentada en un modelo agrario caracterizado por el dominio del cereal y una importancia notable de la ganadería, mayor ésta en cuanto menor fuera el potencial agrícola del asentamiento (Ruiz y Molinos, 1993). Las especies ganaderas por entonces utilizadas eran sustancialmente las mismas que en la actualidad: vacuno, equino, bovino, caprino y porcino. También, a tenor de los hallazgos zoológicos en distintos yacimientos, la carne de caza sigue jugando un papel importante en la alimentación del pueblo íbero.

La importancia relativa de los distintos elementos de este modelo productivo variaba en función de las características ecológicas de cada asentamiento. Así por ejemplo, en el yacimiento de Castellones de Ceal, correspondiente a la zona más árida del Altiplano giennense, la importancia de la agricultura resulta menor y el ganado mayoritariamente empleado fue el caprino, el menos exigente, teniendo una mayor importancia la caza (Ruiz y Molinos, 1993).

Las necrópolis

Se localizaban normalmente junto a los *oppida*. Incluso se ha localizado más de una necrópolis en algunas de estas ciudades, caso entre otras de *Basti* a la que corresponden Cerro del Santuario y Cerro Largo.

En estas necrópolis se ha recuperado un variado conjunto de materiales, entre los que se encuentran gran cantidad de piezas griegas, que formaban parte de los ajueres de las tumbas y particulares ritos de enterramiento de los bastetanos, lo que les diferenciaba de otros pueblos íberos peninsulares. Tal es el caso de su costumbre de enterrar las cenizas de sus muertos de mayor rango social en cajas de piedra o estatuas-urna, entre las que destaca, como uno de los máximos exponentes del arte íbero, la conocida con el nombre de Dama de Baza (p.e. Bendala, 2000).



Dama de Baza, hallada en el Cerro del Santuario, Baza, en 1971. MY



La civilización romana

La importancia de la huella ecológica romana en el Altiplano es sin duda mucho menor a la que alcanzó en otros ámbitos de la geografía andaluza. Según González-Román (1999), Acci constituye la única gran colonia romana en lo que hoy es la provincia de Granada, considerándola como la ciudad romana por antonomasia en el contexto del ordenamiento jerárquico de los estatutos jurídicos, si bien este autor reconoce también otros dos centros más en el Altiplano: *Basti* y *Tutugi*, herederas todas de antiguas *oppida*.

Por tanto, característica de esta región durante el período cultural romano fue la relativamente escasa densidad de poblamientos y población, notablemente inferior a la del Alto Guadalquivir. Ello probablemente se debiera a que en las intrabéticas no se producía un excedente agrícola de la importancia del generado en el Alto Guadalquivir. A pesar de no ser un verdadero núcleo de producción directa de excedentes agrícolas, se han encontrado materiales de prestigio, lo cual indica que sus pobladores tenían algún tipo de excedente, y parece ser que tal factor productivo no fue sino el metal, sobre todo procedente de las cordilleras costeras almerienses y de la zona del Marquesado del Zenete (Asenjo, 1999). De hecho, en el Zenete se ha demostrado la existencia de dos importantes asentamientos mineros, al menos desde el siglo IV a. C.

Probablemente debido a esta riqueza metalúrgica Julio César estableció en Acci la capitalidad de la zona. Ahora bien, la explotación del metal no es en sí misma suficiente para explicar la presencia de vasijas griegas y otros materiales foráneos, por lo que se piensa que el comercio pudo jugar un papel importante en la economía de la zona, emplazada desde antiguo en un pasillo de comunicación relevante. Esto explicaría la presencia de pequeños asentamientos en las depresiones intrabéticas de Guadix-Baza, que servían de conexión entre las producciones vitícolas de la costa y los centros de distribución de excedentes agrícolas del Alto Guadalquivir.

5.3. Edad Media: El dominio del Islam

La Edad Media en el Altiplano es prácticamente un sinónimo de Islam

Y es que, tras el desmoronamiento del Imperio Romano, tan solo el lapso temporal transcurrido entre los siglos VI y VII queda al margen de tal percepción. Este período, el de la época visigótica, cristiana, que algunos autores hacen coincidir con la primera unidad política autóctona de España, es sin embargo uno de los peor documentados.

En cualquier caso, la sociedad visigoda asume el pasado romano y la influencia bizantina, alcanzando un cierto nivel de desarrollo y estableciendo en Toledo la capitalidad ibérica. Pero en la segunda mitad del siglo VIII comienza a debilitarse, cayendo en una crisis económica y social agudizada por los conflictos bélicos entre distintos linajes nobiliarios (p.e. Castillo, 2006). El sistema sólo necesitaba para derrumbarse del empuje de un nuevo poder cargado de vigor como el musulmán. Así, en un impresionante y rápido



proceso de ocupación, entre los años 711 y 716, el Islam arrebató a los godos el control de la mayor parte de la Península Ibérica. Comienza *Al Andalus*, y de esta manera una crucial etapa en la historia de España y el Altiplano.

A lo largo del devenir histórico de *Al Andalus*, dos ciudades cercanas al Altiplano, Elvira y Granada, se reparten su capitalidad (Peinado y López de Coca, 1987). Cada gran territorio o *cora* tenía una ciudad de importancia que solía denominarse *hadra* (sede) junto a otras ciudades menores. La *cora* que incluía los territorios del Altiplano cuando dependió de Elvira se extendía por casi toda la actual provincia de Granada, parte de Almería, Jaén y Córdoba, si bien con la excepción de Baza y Huéscar, que dependían de la *cora* giennense. Baza en un principio tuvo *cora* propia pero después fue incluida en la ya mencionada giennense, si bien manteniendo circunstancialmente gobernadores propios (Peinado y López de Coca, 1987).

De esta época es poco lo que se conoce sobre otras ciudades de la *cora* de Elvira y del reino de Granada, aunque según *al-Idrisi* y *al-Himyari*, cronistas de la época, las otras ciudades importantes fueron Baza, Guadix y, ya fuera del Altiplano, también Almuñecar, Loja y Priego de Córdoba. Las tres primeras calificadas como urbes de medianas dimensiones y las otras dos más pequeñas. Tanto Guadix como Baza estaban amuralladas, y según *al-Idrisi* en Baza existían soberbios edificios. En el noroeste del Altiplano, otro municipio, Jódar, fue también circunstancialmente capital de la Cora de Jaén.

Tan solo durante un pequeño lapso de tiempo, entre los años 1145 a 1156, se constituyó en el Altiplano un Reino de Taifas sobre Guadix, Baza y sus dominios, si bien con la invasión almohade todo este territorio pasaría definitivamente al Reino Nazarí de Granada, en el que se mantendría hasta el final del dominio islámico.

Con el cambio de religión y la llegada masiva de nuevos colonizadores se produce un drástico cambio cultural con efectos en la percepción y gestión del territorio. El agua es extremadamente importante en el Islam, pues se considera origen de la vida y se le adjudica un sentido purificador del hombre. Proporcionar agua a otros hombres e incluso a otros seres, como animales y plantas, se considera *zakat* o limosna piadosa. Este concepto trascendente de purificación en relación al agua explica algunas características del modelo de organización social en *Al-Andalus*. Así, tal circunstancia está detrás de la importancia concedida al abastecimiento de agua a las ciudades, y mezclado con ideas estéticas o poéticas, se manifestó en la arquitectura del agua que ornamentaba las construcciones más suntuosas. Pero sobre todo y fundamentalmente se tradujo en un importante desarrollo de la agricultura en regadío.

En realidad, sin despreciar el precedente ibero y, sobre todo, romano, la extensión de la agricultura irrigada puede considerarse una aportación fundamental de los árabes al Mediterráneo occidental. Con ellos, una nueva y más productiva forma de entender la agricultura se va instalando en *Al-Andalus* a partir del siglo IX. En las culturas que anteriormente se habían sucedido en el Altiplano, los regadíos se limitaron en general a pequeñas superficies ubicadas en las proximidades de fuentes y poblamientos humanos. Por el contrario en la baja edad media y para amplias zonas del Reino Nazarí, la escasa documentación conservada revela que una parte importante de las tierras en cultivo recibían aporte de agua de riego. Un agua tomada en la



cabecera de los discretos pero abundantes ríos del Altiplano, para después conducirla mediante acequias hasta su distribución por gravedad entre los cultivos.

Además, la hidráulica agraria nazarí era un sistema muy superior al simple hecho físico de regar los vegetales y ordenarlos agrícolamente. Por lo general, respondía a planteamientos y diseños perfilados en su estructura fundamental desde el principio. Su implantación era objeto de decisiones sociales tomadas bien por un determinado grupo humano, por ejemplo los vecinos de una alquería, bien por la representación del Estado.

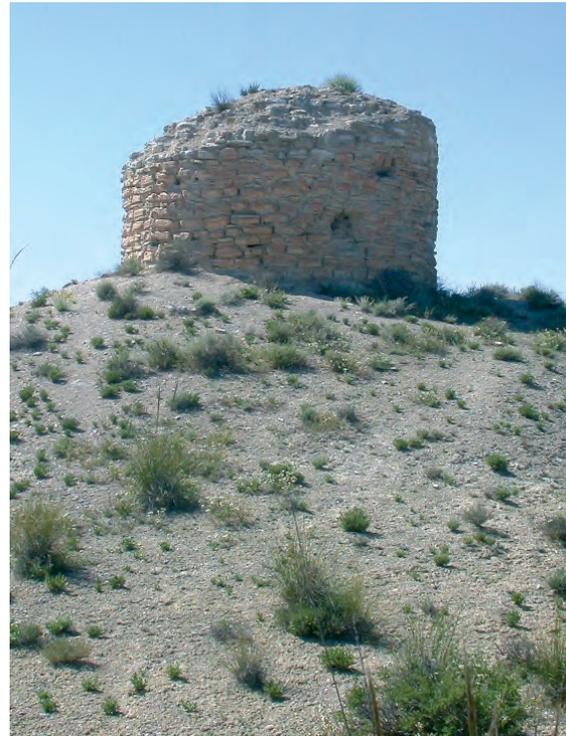
Con el agua, los agrosistemas del Altiplano, y muy especialmente los del período nazarí, alcanzaron una notable complejidad e incorporaron gran cantidad de nuevas especies agrícolas. Aunque también se cultivaba cereal en secano y su economía comercial a finales del siglo XV estaba basada en la exportación de seda, pasas y, en menor medida, almendra y aceite, lo cierto es que el Islam aportó a Europa plantas como el sorgo (*Sorghum vulgare*), el arroz (*Oryza sativa*), la caña de azúcar (*Saccharum officinarum*), el algodón (*Gossypium herbaceum*), el limón (*Citrus limonum*), la lima (*C. aurantifolia*), el pomelo (*C. paradisi*), el plátano (*Musa paradisiaca*), la sandía (*Citrullus lanatus*), la espinaca (*Spinacia oleracea*), la alcachofa (*Cynara scolymus*) o la berenjena (*Solanum melongena*).



Las conducciones de agua y sus sistemas de regulación a pequeña escala, alcanzan un desarrollo notable durante el período musulmán en el Altiplano. En la imagen, alberca en Cañada de Cañepla, María, una de las primeras fuentes del Guadalquivir. JMD



Únicamente en las zonas más septentrionales del Altiplano, que fueron fronterizas entre los siglos XIII al XV, el complejo sistema agronómico musulmán se abandonó antes, por razones de seguridad, en favor de otros aprovechamientos más extensivos y, sobre todo, de la ganadería, en una estrategia similar a la seguida por los colonos cristianos (Argente, 1991). A lo largo de todo este período se suceden momentos de una relativa tregua con otros de mayor tensión, en los que se producen incursiones e incluso conquistas y reconquistas de plazas. Como resultado de ello se conocen algunos episodios de intensas deforestaciones, como las acaecidas en Cabra del Santo Cristo e incluso, ya en el tramo final de la conquista castellana, también en Baza (Cano, 1974; Argente, 1991).



Torres de observación militar construidas durante el período nazarí. Este tipo de estructuras constituían una red de puntos de vigilancia, interconectados entre sí y con los centros de gobierno, cuyos restos aún pueden reconocerse repartidos por distintos puntos del Altiplano. Izqda: Atalaya de Jódar. IA; Dcha: Torre de Castril, en Benamaurel. JC

En definitiva, la impronta musulmana en el Altiplano es enorme pues, no en vano, la práctica totalidad del territorio y sus principales ciudades, Guadix y Baza, se tomaron definitivamente en 1489, es decir tan solo tres años antes de la rendición de Granada. Desde los primeros años del siglo VIII hasta estas postrimerías del XIV, habían transcurrido casi setecientos años. Un tiempo mayor al de cualquier otra civilización histórica, superior también al de la propia historia de España como Estado, cuyo nacimiento se asocia precisamente al gobierno de los Reyes Católicos. Tan longeva e intensa absorción persiste actualmente en un enorme acervo cultural, manifestado en la toponimia, la gastronomía, el arte y multitud de construcciones, y que hasta hace relativamente poco tiempo se ha mantenido también, cuando menos parcialmente, en los sistemas tradicionales de aprovechamiento hídrico y la explotación agrícola del regadío.



5.4. Edad Moderna: Del Renacimiento al Regeneracionismo

Anexión al Reino de Castilla e inicio de la Edad Moderna (siglos XVI-XVII)

La repoblación del Reino Nazarí de Granada es compleja y escapa de una síntesis apretada. Ahora bien, es evidente que siguió criterios distintos a los que fueron habituales en fases anteriores de la reconquista, ya que la Corona disfruta ahora de un papel mucho más relevante, fortalecida como cabeza del nuevo Estado (Guzmán, 2004).

En el caso de Granada, los Reyes Católicos no concedieron señoríos a instituciones eclesiásticas u órdenes militares, sino únicamente a aquellos nobles y oficiales de la Administración Real a quienes desearon agradecer los servicios prestados. Se acrecentó igualmente el papel del campesinado, en gran parte integrado por moriscos, quienes mantuvieron las prácticas agrarias nazaríes y aumentaron el uso de las tierras de realengo (Mignon, 1982), también llamadas baldíos, que con la anexión a Castilla pasaron a propiedad de la Corona. Así por ejemplo, se conoce que una Real Cédula de 1523 posibilitó en Baza el reparto de tierras montaraces y su reversión a cultivo entre todos los residentes en la ciudad, que por aquel entonces mantenía un censo de 3.600 vecinos.

No obstante, durante las primeras décadas del Renacimiento la fisonomía de los paisajes no debió experimentar todavía cambios relevantes con respecto al período inmediatamente anterior, coexistiendo lo musulmán y lo castellano en provecho y enseñanza mutua. Sin embargo, conforme avanzaba el siglo XVI comenzaron a producirse cambios drásticos asociados a la roturación de montes (los Montes de Granada) para el cultivo de nuevas tierras de cereal en secano (Garrido, 2008), al hundimiento del mercado de la seda, la protección del viñedo y el vino, y fundamentalmente, las sucesivas oleadas migratorias de la población musulmana tras el imperativo de convertirse al cristianismo (Guzmán, 2004).

Isletas de encinar entre cereales en los Montes Orientales, una imagen ilustrativa de los terrenos roturados al monte para su puesta en cultivo. MY





Aunque quizá resulte una excesiva simplificación histórica, existe un cierto consenso en que el cristiano viejo llega más familiarizado con una agricultura extensiva y de secano, complementada por la ganadería, mientras que el musulmán había sido más hortelano. La masiva expulsión de moriscos realizada entre los años 1569 y 1571, cuyo hueco fue cubierto, al menos en parte, con campesinos procedentes de Extremadura y la Alta Andalucía (Ladero, 1989), devino a partir de la segunda mitad del siglo XVI y durante el XVI en el abandono de parte del regadío y sus canales de abastecimiento, que quedan en algunos casos relegados a simples objetos arqueológicos. Ahora bien, otras huertas se mantienen y posteriormente, entre los siglos XVIII y XIX, comenzarán a incorporar nuevos elementos vegetales traídos de América, tales como la patata (*Solanum tuberosum*), tomate (*Lycopersicon esculentum*) o maíz (*Zea mays*), permaneciendo así en lo sustancial hasta tiempos casi contemporáneos.

Las informaciones aportadas en las Relaciones Topográficas mandadas hacer por Felipe II en 1575, revelan que la mayor parte del territorio mantenía su condición forestal. Mayoritariamente no arbolada pero forestal, tal y como continuaría durante al menos otros dos siglos más. Parte de esos montes eran gestionados para la producción de esparto, como consta en las citadas Relaciones al menos para el municipio de Jódar. Por entonces, en los montes del Altiplano debía pastar una notable cabaña ganadera, pues la Mesta ya se había constituido en 1273, y con la reconquista llega este modelo ganadero al territorio, de efecto nada despreciable como agente modelador del espacio y los sistemas naturales.



El ovino fue en todo tiempo, y sigue siendo, la principal cabaña ganadera en el Altiplano. MY

Siglo XVIII

En los años centrales del siglo XVIII comienza el ocaso del Antiguo Régimen en lo que se refiere a las estructuras de uso del territorio. Por entonces ya se había producido la consolidación y evolución definitiva de los señoríos (Soria, 1995), y simultáneamente había tenido lugar la fijación jurídica de la propiedad municipal, ya fueran bienes de propios o comunales (Guzmán, 2004).



En estos momentos comienza la modernización de la agricultura en otros países de Europa, incluso en algunas zonas de España, pero el Altiplano permanece ajeno a estos cambios. El principal uso del secano era el cultivo del cereal, complementado con algunas especies de leguminosas destinadas al autoconsumo. Sin embargo, también existían regadíos importantes, intensamente aprovechados desde al menos el período nazarí. Utilizando como referencia las tres localidades de mayor tamaño en el ámbito de estudio, según el Catastro del Marqués de la Ensenada, realizado en 1752 (Tabla 5.1.), el regadío alcanza proporciones relevantes en las vegas de Baza y Guadix, localidad esta última donde incluso constituye la superficie agrícola mayoritaria. Pero los regadíos de Baza resultaban más extensos y, aparentemente también más diversos que los de Guadix, constando por entonces el cultivo, además de hortalizas y cereal, también de lino (*Linum usitatissimum*), cáñamo (*Cannabis sativa*) y maíz (p.e. Cano, 1974). En Jódar, por el contrario, la mayor parte de la pequeña superficie de regadío se destinaba a olivar (Alcalá, 2008), y es precisamente en este siglo cuando el olivo comienza a cultivarse también en localidades del Altiplano granadino, donde había sido árbol casi meramente testimonial hasta entonces (Guzmán, 2004).

Tabla 5.1. Uso del suelo en el siglo XVIII en las tres ciudades de mayor población

APROVECHAMIENTO	BAZA	GUADIX	JÓDAR
Agrícola de regadío	20,2 %	12,8 %	3,5 %
Agrícola de secano	26,8 %	3,3 %	23,0 %
Tierras incultas y monte	53,0 %	83,9 %	73,5 %

Fuente: Catastro del Marqués de la Ensenada (Campos y Camarero, 1990; Camarero y Campos, 1991; Alcalá, 2008).

Por entonces la mayor parte del territorio permanecía inculto (Tabla 5.1.), en coadyuvante concurrencia de la aspereza del terreno y la adversa climatología, con una demanda aún discreta por parte de una población que no comenzará a crecer significativamente hasta finales del XVII y a lo largo del XIX (Figura 6.3. en capítulo siguiente).

Siglo XIX

El siglo XIX supone el triunfo definitivo de las ideas liberales sobre el sistema ya envejecido del Antiguo Régimen. A éste correspondía una estructura social estamental e inmovilista, mientras que ahora comienza a fraguarse otra sociedad más abierta y dinámica, pero también escasamente igualitaria: la sociedad de clases.

En el medio rural andaluz persisten los grandes propietarios herederos de la antigua aristocracia, a los que se añade una nueva burguesía enriquecida que supo sacar provecho de las desamortizaciones. Pero ni estos ni los pequeños y medianos propietarios



El cultivo del olivo comienza a expandirse en el Altiplano durante el siglo XVIII, si bien por entonces aún a una escala territorialmente discreta. MY



aportan al medio rural una mentalidad capitalista. Bien al contrario, los primeros continúan manteniendo en régimen de arrendamiento una parte importante de sus tierras o destinándolas a pastos para el ganado. Tanto estos arrendatarios como los propietarios menores siguen desarrollando en ellos prácticas agrarias muy similares a las de siglos anteriores (Guzmán, 2004).

En el censo de 1860, la proporción de propietarios y arrendatarios (12,4% de la población) del antiguo Reino de Granada era superior a la de los Reinos occidentales de Andalucía, Sevilla (6,2%) y Córdoba (8,95), más marcadamente latifundistas (Álvarez y García-Baquero, 1981). Por ello la masa jornalera era proporcionalmente inferior (14,8% frente al 17,1% y 20,2%, respectivamente), si bien suponía entonces una bolsa importante de trabajadores eventuales del campo, casi 180.000 personas en todo el Reino de Granada, una circunstancia que, a pesar del masivo movimiento migratorio del siglo XX, se ha mantenido hasta la actualidad en niveles muy importantes para algunas localidades del Altiplano (Diputación Provincial de Jaén, 2001; González *et al.*, 2007).

Durante el siglo XIX, la superficie cultivada en el contexto andaluz alcanza el máximo histórico, superior incluso al momento inmediatamente anterior a la crisis de mediados del siglo XX (Guzmán, 2004). Las necesidades de una población en significativo aumento demográfico y el proceso desamortizador favorecieron esta situación. Y es que éste es el siglo de las desamortizaciones, fundamentalmente a través de las leyes de Mendizábal, en 1837, y Madoz, en 1855, un proceso de gran trascendencia social y ecológica en el conjunto del Estado. Aunque el mecanismo desamortizador funcionó particularmente mal en la provincia de Granada (Gómez, 1983), por oposición a, por ejemplo, la vecina Jaén (López-Cordero, 1998), lo cierto es que también supuso cambios de propiedad y explotación de nuevas tierras en el Altiplano. Sólo en lo que respecta a la desamortización de bienes eclesiásticos, las tierras afectadas alcanzan superficies de 1.796, 1.181 y 499 fanegas, en las localidades de Baza, Guadix y Huéscar, respectivamente (Gómez, 1983).

La mayor parte de las nuevas tierras se destinan al cultivo de cereal en secano, aunque a finales de siglo también había aumentado el olivar, en parte sobre terrenos tomados al monte pero fundamentalmente en las vegas, y si bien aún suponiendo una superficie total no superior a las 4.000 ha en todo el Altiplano (Morell, 1888; Guzmán, 2004). A lo largo del siglo se produce un incremento aún mayor de la superficie de viñedos, pero éste quedó definitivamente segado hacia el final de la centuria, cuando se extiende la plaga de la filoxera (Guzmán, 2004). Por otro lado la mesta había desaparecido oficialmente en 1836, con todo lo que entrañaba de símbolo, y ello coincide en el Altiplano con una disminución de la cabaña ganadera, asociada al ya comentado incremento de tierras en cultivo (Álvarez y García-Baquero, 1981).

Pero el aumento de la superficie cultivada se muestra relativamente efímero, pues se había logrado ampliándola hacia zonas de manifiesta marginalidad, sin mejora alguna en las técnicas agronómicas. Su abandono posterior, incluso a lo largo del mismo siglo, le devolvería la condición forestal en forma de retamales, tomillares, comunidades halófilas y, de forma más lenta y culturalmente manejada, también de los espartales. Además, desde el punto de vista demográfico y social, provoca en algunas localidades la ruptura del frágil equilibrio entre necesidades de mano de obra y población jornalera, agravada por el aumento poblacional experimentado entre este siglo y el precedente (Figura 6.3.).



Para la gran masa jornalera, el esparto gana importancia como recurso entre campañas agrícolas, lo que llega a provocar incluso movimientos migratorios en el interior del Altiplano, por ejemplo desde las zonas de Almería y Granada hacia la ciudad de Jódar, por entonces sede de una importante industria de manufactura espartera, destinada sobre todo a cubrir la creciente necesidad nacional de capachos para almazara (Alcalá, 2008) Esta población inmigrante trae consigo prácticas culturales desconocidas hasta entonces en Jódar, como la horadación de viviendas trogloditas, que llegan a alcanzar la cifra de 406 en el año 1889 (Alcalá, 2007). De hecho, aunque se pueden encontrar referencias históricas anteriores, las cuevas habitadas se expanden también por otras zonas del Altiplano fundamentalmente a lo largo del siglo XIX y durante la primera mitad del XX (Moreno, 1971).

Por otro lado, éste es el siglo del desarrollo del ferrocarril en España. La línea ferroviaria que unía Granada con Murcia, por Baza, se inaugura en 1885 y otro tanto ocurre, en 1899, con la que conecta el centro de la Península con Almería, atravesando ambas el Altiplano e incrementando notablemente la capacidad de movimiento de personas y bienes (Maluquer, 1899). De hecho, el ferrocarril se convierte en el principal medio de transporte de mercancías en el Altiplano, ejerciendo un cierto efecto dinamizador de la industria local en las principales ciudades, una función que seguiría desempeñando hasta mediado el siglo XX.

Y también en este siglo estuvo a punto de producirse un hecho fundamental que hubiera podido cambiar radicalmente la percepción y situación actual del Altiplano. En 1833 y bajo la tutela de Javier de Burgos, Ministro de Fomento con la Reina Regente M^a Cristina, se realizó la división administrativa de España en provincias, tal y como se mantiene en la actualidad. Pues bien, en aquel momento se estudió muy seriamente la creación de una nueva provincia que, englobando una parte importante del Altiplano y de la actual provincia de Almería, tuviera su capitalidad en la localidad de Baza (Izquierdo, 1992). Finalmente, aquella idea quedó desestimada, adjudicándose este rango únicamente a las ciudades de Granada y Almería. De haberse consumado el proyecto muy probablemente el posterior desarrollo urbano, industrial y de servicios hubiese sido mucho mayor en el Altiplano, y estos apuntes lo habrían sido bajo el epígrafe de historia de la provincia de Baza.



Viaje inaugural de la línea del ferrocarril Baza-Almería, a su paso por el último tramo construido, el Puente de arroyo Salado, en el Altiplano giennense. 12 de mayo de 1899. En J.A. Cerdá, I. Lara y M.U. Pérez (2001). *Del tiempo detenido: Fotografía etnográfica giennense* del Dr. Cerdá y Rico.



5.5. El pasado reciente

Siglo XX

En el comienzo del siglo XX y durante la práctica totalidad de su devenir posterior, las provincias de Granada, Jaén y Almería fueron fundamentalmente agrícolas. En los albores de este siglo, al menos el 80% de la población activa granadina dependía de las tareas agrarias, en su mayoría arrendatarios, diminutos propietarios y jornaleros. Era, en consecuencia, habitual que los jornaleros de Granada emigraran estacionalmente a Jaén y Andalucía occidental para trabajar, ya fuera en invierno al olivar y desde finales de primavera en los trabajos de siega, allí fenológicamente previos a los del Altiplano.

Por entonces, la vivienda troglodita queda definitivamente consolidada en amplias zonas del Altiplano, especialmente en las comarcas de Guadix y Baza, así como en el sureste de Jaén. Algunas bajo la estructura de casa-cueva, que aún en la actualidad conservan una excelente representación y valoración social, constituyen seña de identidad territorial e incluso se ofrecen como un atractivo turístico y hostelero (Urdales, 2003). Pero otras, entonces más frecuentes, no fueron sino simples oquedades horadadas sobre el sustrato natural, sin mayor obra, y cuyas barriadas constituyeron auténticos focos de miseria e insalubridad heredados del siglo anterior (Costa, 1891).



Viviendas trogloditas en Guadix, en la década de 1910.
En K. Hielscher (2000). España inédita en fotografías.



El caciquismo llega en estas primeras décadas del siglo XX a su máxima expresión (Cuenca, 1982), por lo que la Segunda República trae importantes expectativas en cuanto a una posible solución de lo que se dio en llamar “el problema de la tierra”. Así, la Ley de Reforma Agraria de 1932 tenía previsto repartir en Andalucía unos 2,4 millones de hectáreas. Sin embargo, a lo largo de todo el bienio reformador no se repartieron más de 22.000 ha en toda Andalucía, y de ellas únicamente en torno a 700 en Granada y 2.500 en Jaén, si bien en su mayoría fuera del ámbito del Altiplano. Estas cifras aumentaron en 1936, bajo el gobierno del Frente Popular, ascendiendo a 1.300 y 8.300 ha, respectivamente, aunque quedando muy por debajo de las casi 90.000 ha que suman en este momento las tierras expropiadas en las provincias de Andalucía occidental, donde el latifundio venía suponiendo, desde tiempos históricos, una mayor superficie relativa (Florencio, 2006).

En 1936 el escenario general de miseria e intensa conflictividad social desemboca, al igual que en el resto del Estado, en la última guerra civil española. La totalidad del Altiplano queda inicialmente en el bando republicano, donde permanecería hasta el final de la contienda, ocupando el centro geográfico de lo que fue la Andalucía republicana durante el transcurso de la guerra. Precisamente esta circunstancia lleva, en 1937, a establecer en la localidad de Baza el cuartel general del Ejército Popular de Andalucía (Carmona, 1999).

Durante la guerra se realizan algunas experiencias de colectivización de la tierra, si bien éstas, al igual que ocurrió en el siglo anterior con la desamortización, no alcanzan una especial significación territorial en las provincias de Granada y Almería, siendo mayores en Jaén (Tusell, 2004).

Inmediatamente después del dramático conflicto civil, la década de los cuarenta surge como la época de mayor miseria en la historia reciente de España. Los antiguos propietarios recuperan inmediatamente sus tierras, dentro o fuera de la legalidad, y en toda Andalucía oriental se produce una severa depresión agraria, con retroceso en los rendimientos de cereal y olivar, así como una disminución de la cabaña ganadera (Florencio, 2006). En Jaén y Granada se constata que la superficie de olivar permanece prácticamente estancada entre 1940 y 1955 (Guzmán, 2004; Florencio, 2006). La producción agraria no abastecía las necesidades de la población, y simultáneamente se produjo un retroceso de la producción industrial, estrangulada por falta de materias primas, capitales y tecnología, un descenso del nivel de vida, la caída de los salarios y hambre generalizada. El régimen respondió con el racionamiento, lo que a su vez hizo florecer el estraperlo, todo ello en un marco económico de férreo intervencionismo estatal (Martínez, 2006).

El Servicio Nacional del Trigo, creado por el gobierno de Burgos en plena guerra civil, comienza operando como monopolio en la compraventa del cereal, desarrollando posteriormente severas funciones de intervención en los mercados (Martínez, 2006). Si bien menos abundantes que en el valle del Guadalquivir, su red de silos repartidos por toda la geografía nacional tiene también en el Altiplano algunos exponentes, inútiles ya a su originaria función y abandonados, pero aún relativamente bien conservados y ofreciéndose como un recurso susceptible de recibir nuevos y distintos usos.

Una estructura administrativa similar que merece especial mención aquí debido a su estrecha relación con el Altiplano es el Servicio Nacional del Esparto, creado unos años después, en 1948, y dependiente del Ministerio de Agricultura, por un lado, y del de Industria y Comercio, por otro (Servicio Nacional del Esparto, 1950). Su función principal, análoga a la desarrollada anteriormente con los cereales, fue la de



ejercer control estatal sobre la producción y manufactura del esparto, que por entonces llegó a alcanzar una importancia crucial para sectores como la industria papelera o la oleícola. Pero además, desarrolló toda una serie de experiencias técnicas orientadas a cuantificar y mejorar la producción espartera, así como a la restauración de los propios espartales abandonados (Servicio Nacional del Esparto, 1951 y 1953). Precisamente una parte de estos trabajos se realizaron en el Altiplano, especialmente en el monte Atochaes, en t.m. de Benamaurel, donde varios miles de hectáreas fueron dedicadas casi exclusivamente a este tipo de experiencias forestales. Ello devino, por primera vez, en una nueva aunque breve perspectiva esteparia en la gestión forestal del Estado. Tal perspectiva, que heredó e incorporó el milenar bagaje cultural asociado a la gestión de los atochales, condicionó localmente el paisaje actual, y constituye aún hoy uno de los escasos referentes técnicos para la gestión y restauración de comunidades vegetales en ámbitos esteparios del SE Ibérico (apartado 13.3.).

Pero la industria del esparto, que llegó a ser muy importante en el Altiplano, se derrumba casi totalmente entre finales de los años 50 y los 60, debido a la entrada de otras fibras y, sobre todo, de los materiales sintéticos, lo que deja a los jornaleros sin su actividad principal entre campañas. Ello, unido a la escasa productividad inherente a la mayor parte de las tierras agrícolas y a la apertura de nuevas posibilidades laborales en la ciudad,



Plantaciones de esparto en el monte Atochaes, Benamaurel, realizadas a mediados del siglo XX. MY

desemboca durante este período en una masiva sangría migratoria, con destino mayoritario hacia las grandes urbes del centro y norte peninsular (y hacia otros países de Europa), que vino a la postre a hacerse definitiva para una parte muy significativa de la población del Altiplano (apartado 6.1.).

Paralelamente caen también otros sectores productivos, y así la última explotación minera de metales en la comarca de Baza se cierra en 1968, ciudad de la que desaparece también el ferrocarril en 1984. Esta última circunstancia constituyó un golpe importante a la interconexión de los municipios del Altiplano, si bien fue sobradamente compensada poco después con la apertura de la Autovía A-92 que vino a mejorar sustancialmente la calidad de las comunicaciones, no sólo dentro de este territorio sino entre el conjunto de Andalucía y el levante español. Pero las décadas centrales del siglo XX habían marcado ya el tamaño y la estructura demográfica de la población humana actual en el Altiplano.

En cualquier caso, esta población, a cuyo análisis se dedica específicamente el capítulo siguiente, es albacea del efecto enriquecedor, por alternante y acumulativo, que ha tenido la sucesión cultural en el Altiplano, de su efecto modelador sobre el medio y de lo que supone y puede suponer su registro (prehistórico e histórico) como potencial recurso para el desarrollo sostenible.



Comercio de alfarería en Purullena. JC



YACIMIENTOS ARQUEOLÓGICOS

La importancia arqueológica del Altiplano no debe pasar inadvertida, ya que presenta además un buen número de lugares visitables y otros que están en proceso de serlo. Todos ellos constituyen recursos de interés que, ofertados complementariamente a otros valores y peculiaridades del territorio, albergan una utilidad potencial para el desarrollo local que ha sido sin duda insuficientemente explotada hasta la actualidad

La más importante representación de los yacimientos prehistóricos del Altiplano se encuentra en la localidad granadina de Orce, donde se localizan los yacimientos de Venta Micena, Fuente Nueva y Barranco León, exponentes de los primeros pobladores homínidos (Gibert, 1985, 1986; Torres *et al.*, 2002). Estos sólo pueden visitarse durante la campaña de excavación, del 15 de junio a principios de Agosto.

A lo largo de los badlands del río Gor se conservan en torno a 200 tumbas, que según García y Spanhi (1959) se agrupan en once necrópolis megalíticas construidas entre el 4.000 y el 2.000 a.C. Casi todas ellas constan de un espacio funerario principal o cámara a la que se accede por un pasillo o corredor. En cada una se enterraban los miembros de una fracción de la comunidad durante un largo período de tiempo configurándolas como verdaderos panteones colectivos, cuyo carácter monumental queda patente por su ubicación, su fábrica en grandes bloques de piedra y por la acumulación de tierra que, dispuesta sobre estos, conforma una pequeña colina o túmulo. Estas necrópolis se distribuyen por los términos municipales de Villanueva de las Torres, Gorafe, Guadix y Gor. Actualmente tres de ellas están siendo objeto de intervenciones de valorización que culminarán en la creación de un Museo Monográfico en la localidad de Gorafe.

En el Altiplano se encuentra también uno de los yacimientos más importantes de la cultura argárica, El Castellón Alto, incluido dentro de la Red Andaluza de Yacimientos Arqueológicos (RAYA) y localizado en la margen izquierda del río Galera, a un kilómetro del actual núcleo de población.

De la época ibera se pueden visitar los vestigios de la antigua Basti en el Cerro Cepero, de Baza, así como los Castellones de Ceal, en la ribera del río Guadiana Menor, éste último de los más importantes del entorno y que tuvo su origen en el control de la ruta comercial que introducía productos del mediterráneo en el valle del Guadalquivir. También en el sureste de Jaén, si bien sobre la ribera de otro río, el Jandulilla, están los yacimientos de la Loma del Perro y Xandulilla. Por otro lado, aunque todavía no visitable si bien lo estará en un futuro, se encuentra la Necrópolis de Tútugi (Galera), ciudad ibero-romana situada en la confluencia de los ríos Orce y Barbatas. Se trata posiblemente de la mayor necrópolis ibérica de España con más de 130 túmulos, alcanzando algunos los 20 m de perímetro y 4,5 m de altura. Además en uno de estos apareció la Diosa de Galera, actualmente en el Museo Arqueológico Nacional.



Yacimiento de Venta Micena, Orce. MV

También en la localidad de Galera, junto a la cañada de la Encantada, se encuentra la necrópolis romana de Cerro del Real, que presenta enterramientos muy sencillos pero de variada tipología, con hasta nueve tipos distintos de túmulos.

Otro vestigio romano es el camino Real de Hinojares, que alcanza en parte de su recorrido el municipio de Cuevas del Campo. No obstante la vía ha sido asfaltada como camino agrícola, quedando únicamente unos aljibes en el entorno próximo de esta localidad. Además, en Orce se encuentra el Poblado del Cerro de la Virgen, que aunque en mal estado de conservación presenta una sucesión de asentamientos celtas, iberos, romanos y árabes.

Todos estos yacimientos se pueden visitar, si bien es recomendable pasarse previamente por las oficinas de turismo de los respectivos municipios.

MUSEOS ARQUEOLÓGICOS

Además de por la abundancia y riqueza de sus yacimientos, el Altiplano se caracteriza por la presencia de Museos en los que conserva parte de sus restos paleontológicos, prehistóricos y arqueológicos hallados. Algunos de ellos se localizan en municipios con menos de 2.000 habitantes, como es el caso de Orce y Galera.

En 1987 se crea el Museo de Prehistoria y Paleontología de Orce, en la torre del castillo de esta localidad granadina. En él se recoge una colección de piezas procedentes de diferentes yacimientos encontrados en el término municipal. El Museo consta de tres salas, la primera dedicada a la fauna donde se encuentran restos craneales y post-craneales, destacando los de felinos tigres dientes de sable (*Megantereon* y *Homoterium*); la segunda contiene fracciones completas de yacimientos; la tercera está dedicada a la industria lítica hallada en Fuente Nueva, y en concreto a lascas de sílex que acreditan que dicho lugar fue un asentamiento humano; además también se expone una copia del célebre fragmento craneal humano hallado en el yacimiento de Venta Micena.

El Museo Municipal de Baza fue creado en 1988 por el Ayuntamiento de la localidad, y se halla incluido en la Red Andaluza de Museos dependiente de la Consejería de Cultura de la Junta Andaluza. La mayoría de los fondos son de carácter arqueológico, disponiendo de cuatro salas permanentes, que se estructuran en grandes períodos: prehistoria, época ibera, época romana y épocas medieval y moderna. Una de las piezas más valiosas del Museo es el Guerrero de Baza. Concebida como urna funeraria, esta escultura representa a un guerrero elevado a la categoría de héroe o a un personaje de alto rango en la aristocracia ibérica. Esta pieza está datada entre los siglos II-I a. C.

En 2001 se inauguró el Museo Arqueológico y Etnológico de Galera, ubicado en el antiguo convento de monjas de Cristo Rey. Conserva objetos pertenecientes a todos los períodos del desarrollo histórico de la comarca. En la planta superior se hace un recorrido por la prehistoria mostrando herramientas, cerámica y armas de la Edad del Cobre. Después describe la cultura argárica para terminar en el Bronce Final. En la planta baja se recogen piezas de tres períodos cultura ibérica, romana y medieval, contando con una réplica de la "Diosa de Galera". La última planta aún está en proyecto y tendrá carácter etnológico.

En el sureste de Jaén se encuentra el Museo de Jódar. Creado en 1997 por la Asociación Cultural "Saudar" en colaboración con el ayuntamiento de Jódar, el museo se estructura en tres salas y un aula de cultura en la que se expone la imagen de Jódar en el tiempo. Dos de las salas son de carácter etnológico mostrando artes y costumbres populares, especialmente en lo relativo a la artesanía e industria del esparto. La otra sala es arqueológica y tiene representación de las culturas ibera, romana y musulmana. Quizás lo más destacable pertenezca a la época ibera ya que en el museo se encuentran varios molinos harineros domésticos, uno de ellos completo y montado, urnas funerarias que aún contienen sus cenizas originales, así como monedas, fábulas y falcatas.

En 1988 y tras varios intentos fallidos la corporación municipal de Vélez Rubio materializó el proyecto de Museo Comarcal Velezano "Miguel Guirao", actualmente incluido en la Red Andaluza de Museos. Éste conserva una colección de piezas que muestran la evolución desde las fases más primitivas de la prehistoria hasta objetos contemporáneos de la cultura popular. La finalidad de este Museo es tanto la exposición de la colección del patrimonio arqueológico de la comarca y otros lugares del sureste ibérico, como la concienciación sobre la necesidad de su protección y conservación.

